

## BALANCE ESPIRITUAL DE LA MODERNA HISPANOAMERICA

POR

RUDOLF GROSSMANN

Quien bajo el estampido de los cañones y las miserias de las dos últimas guerras ha visto en Europa derrumbarse no sólo las casas, sino también los corazones de los hombres, comprende que una profunda depresión, o al menos, según el temperamento de cada uno, la conciencia de una inaudita crisis espiritual, se ha apoderado del hombre del Occidente.

De nuevo, una vez más, se tiene la sensación de un cambio del mundo, decisivo para las realizaciones y obras de la gran política, así como para las más simples disposiciones previsoras en el círculo profesional y familiar. Desde Spengler, Toynbee y Jaspers aceptamos que la historia de la cultura humana se mueve en ciclos, y que nosotros hemos alcanzado el punto decisivo, en el que un nuevo ciclo comienza. ¿Encuentran estas teorías una confirmación, ya sea positiva o negativa, en la situación espiritual de la actual Hispanoamérica?

Es una antigua observación aquella de que al principio de un proceso cultural hay un gran movimiento de masas. Con la inmigración de los dorios, que acaba el año 1100 a. de J. C., y su aparición entre los pueblos oriundos del Mediterráneo oriental, comienza la antigüedad griega el primer y colosal desarrollo del espíritu occidental. Con la inmigración germánica que provocó la raza oriental de los hunos, y que por primera vez en tiempo de Carlomagno alcanzó estabilización, se prepara, de la mezcla de cristianismo, antigüedad y Estados nacionales, la segunda fase de señorío occidental, que en la época de los descubrimientos, de la expansión marítima colonial, del humanismo universal, se ha apoderado de todo el orbe de la tierra, material y espiritualmente. La actual emigración de los pueblos de Oriente a Occidente, que comienza con la fusión de aborígenes, españoles, portugueses y algunos africanos, y culmina con la de Europa occidental y mediterránea, y, finalmente, con la de Europa oriental y algunos asiáticos, ha llegado a ser el prelude de la cultura europeoindioamericana-

na del próximo milenio. En medio de esto nos encontramos desde hace unos doscientos años, y, ciertamente, en una escala que nunca hasta ahora habían registrado las estadísticas de la historia universal.

Un segundo fenómeno que existió al comienzo de la cultura occidental, y que ha desempeñado en ella un papel tan importante para la formación del nuevo espíritu como los movimientos emigratorios, es la “diferencia idiomática”, fenómeno que, de análoga manera, se repite también en América. Cuando Roma se desplomó en la última etapa de la antigüedad, sobrevivió, sin embargo, el más importante instrumento de su cultura: la lengua latina, porque sus legionarios la habían llevado durante siglos a España, Provenza, Galia, Recia y Rumania. Pero esta lengua no sobrevive en la elevada forma y estilo de un Cicerón o un Virgilio, sino en las toscas y vulgares expresiones de los soldados y colonos, de cuya jerga se han formado posteriormente los modernos idiomas románicos. De la misma manera, tampoco es el portugués del Brasil un reflejo de las *Lusiadas*; ni el español de la Argentina es el de Cervantes, sino el de los pastores y soldados andaluces. Si bien es verdad que la moderna formación escolar, el influjo de la prensa, la radio y el intercambio literario han conseguido en la exterioridad de las formas gramaticales y sintácticas una amplia asimilación al español y portugués originario, las divergencias, por cierto muy características, en la pronunciación, fraseología cotidiana y, sobre todo, en el estilo literario difícilmente llegarán a ser superadas por completo. Así se ha acuñado la individualidad de la América Hispana, tanto en el idioma y en la literatura como en el mismo ámbito popular.

Con esto hemos llegado a una afirmación decisiva: al menos, dos suposiciones muy esenciales se han cumplido en Hispanoamérica, y ambas fundamentales, ciertamente, para que se pueda formar el “rostro espiritual” del continente con sus rasgos propios. Ciertamente, los primeros trescientos años después del descubrimiento habían dejado insatisfechos casi todos los deseos del Nuevo Mundo desde este punto de vista. Aun cuando las Universidades y literatos, entre 1500 y 1800, se habían esforzado, no sin éxito, en hacer resplandecer en América algo de la gran tradición espiritual de los países maternos, pesó, de una parte, sobre los científicos el lastre arrastrado por el océano de unas especulaciones escolásticas para las que América apenas era campo conveniente, y, de otra, sobre los literatos, sobre su libertad poética creadora, los cuidados materiales de cómo debían hacer accesibles sus libros a una amplia publicidad, no sólo por la escasez de papel y elevación del coste de

las ediciones, sino también porque una censura bastante intransigente detenía el libre vuelo de su espíritu.

Una vez que, después de las campañas de liberación de San Martín y Bolívar, quedó el mundo abierto a los criollos, surgió, como es fácil de suponer, un ardiente deseo por las riquezas espirituales del extranjero, tan fuerte como por el capital y la inmigración desde Europa.

La consecuencia fué una larga época de transición, en la que se incorporó el utilitarismo práctico de los ingleses o la filosofía positiva del francés Augusto Comte, entrenándose así el naciente espíritu en las formas de pensar europeas, para emparejarse un día con sus propios medios a la inteligencia occidental. Tanto como los teóricos, han desempeñado aquí un gran papel, desde el principio, los puntos de vista sociológicos y prácticos.

Luego vino la época de las guerras mundiales. Ella hizo pasar a América algo de ese sentimiento *fin-de-siècle*, que en el Viejo Mundo siempre tomó formas alarmantes, hasta el punto de llegarse al convencimiento, como al principio se ha dicho, de que estaba surgiendo un cambio del mundo.

La inminencia de este cambio del mundo parece que ha llegado a ser una idea muy difundida en la América española y portuguesa, si bien ella no lleva el signo negativo que en Europa tiene, sino todo lo contrario. Esta idea está soportada por el convencimiento de que América debe producir por sus propias fuerzas, y bajo su propia responsabilidad, las nuevas y ejemplares energías de la Humanidad, y que estas energías no deben radicar sobre el terreno material, sino sobre el ético e intelectual.

El interés y la importancia que para todos tiene el considerar estas cosas desde la atalaya extraamericana lo han acentuado, entre otros, uno de los participantes del Congreso de Filosofía de Mendoza en el año 1949, el profesor suizo Donald Brinkmann, cuando en la revista *Universitas* (año IV, núm. 5, 1949) comentaba el mencionado Congreso con estas palabras: "Sin duda que no está muy lejano el día en el que Europa recibirá un decisivo impulso espiritual de los pueblos del otro lado del Atlántico. En parte ya ocurre así hoy: en los logros de la América Hispana podemos conocer más abiertamente los caracteres capitales de las corrientes europeas que en nuestras propias y angostas relaciones."

Lo que el profesor de Zurich dice aquí desde el punto de vista de la filosofía, vale en una mayor medida para la "literatura". El primer ejemplo indicador en este terreno lo ofrece el movimiento llamado Modernismo, que hacia 1900 dió a la lírica de lengua espa-

ñola un impulso creador insospechado, y que trajo consigo todas las características de un importante y autónomo arte: gravedad, personalidad y universalidad. Basta con mencionar entre sus adalides, que se encontraban en todos los Estados de América de habla española y portuguesa, a Rubén Darío, quizá el más representativo. Primeramente, él creyó haber encontrado en el simbolismo francés del año 80 la clave de toda poesía; después descubrió la pujante fuerza de la antigua España clásica de Cervantes, y el Siglo de Oro, cuyas artísticas y perfectas posibilidades métricas adaptó con un extraordinario poder de asimilación a los modernos hallazgos, hasta que, por último, encontró aquel cautivador, bello y original acento, que le dió posibilidad para configurar el verbo español con unas sonoridades en las que tenían eco todas las emociones del alma americana.

Y ahora viene lo inaudito y, hasta entonces, único: Este sudamericano, que tras un rodeo por París había sido español y después criollo, trajo su poesía a la madre patria y llegó a ser admitido como uno de la familia, esparciendo sus sugestivas enseñanzas entre los poetas de la joven escuela española. En cada antología de la poesía madrileña o sevillana, en cada historia de la literatura contemporánea, está su nombre, como si fuera un auténtico español; por primera vez recibió la madre patria, por parte de una literatura filial, lo que ella, a lo largo de generaciones, había dado generosamente; y no sólo lo recibió, sino que lo aceptó, agradecida, y lo siguió formando más ampliamente.

Así llegó a ser Rubén Darío, en su arte, el primero y auténtico hispanoamericano que conectó la circulación de la madre patria con la de sus hijas, si bien el tenso arco de su vida no logró completamente incluir en esta comunidad el antiguo mundo indio.

Todavía más ampliamente americana que la poesía es la prosa de la América Hispana de hoy, especialmente la novela y el cuento. Su momento más apasionante es el encontrar compuestas en estas obras las páginas sombrías de la civilización occidental, el alborear de un proletariado industrial, los oscuros aspectos de las grandes urbes sudamericanas, los inhumanos productos del hombre, como si fueran sólo un pretexto, y de una manera incidental, para el desarrollo y reflejo de una Naturaleza y un mundo de extraordinaria grandiosidad; y esto precisamente aquí, donde el relato pasa por ser el avance de la cultura en un mundo salvaje.

Dos de las más emocionantes descripciones sobre este último motivo son *Doña Bárbara*, del venezolano Rómulo Gallegos, y la también muy conocida novela *La vorágine*, del escritor colombiano

José Eustacio Rivera, que pinta el cuadro de la vida de los recolectores de caucho en las fronteras colombiano-venezolana, junto al Orinoco y sus afluentes. Han sido Colombia y Venezuela las primeras que han descubierto y descrito el problema del hombre encerrado en los puestos más avanzados de la comunidad cultural del Occidente; así como la Argentina, de una manera no menos grandiosa, ha dado relieve literario al ambiente cosmopolita de las grandes urbes sudamericanas, en su fuerte contraste con el carácter patriarcal de las tierras del interior; y los pueblos al norte del istmo de Panamá, hasta Méjico, han completado este cuadro con la erupción política que, a menudo, completa también el geográfico vulcanismo de esta zona. Brasil, finalmente, el país mayor de todos los sudamericanos, ha planteado la última y más profunda cuestión de Sudamérica: ¿Cómo determinará su futuro destino el gran número de hombres que en el curso de un siglo pululan sobre el continente? El jurista y diplomático Graça Aranha ha dado una positiva respuesta a este tema en su tan conocida novela *Chanaan*. En Brasil, la inmensa mayoría de los inmigrantes son alemanes. El problema de la asimilación es predominantemente un problema alemán-brasileño, y así lo comprende Aranha. El se plantea el problema final de si estos núcleos de emigrantes formarán la nueva clase de Brasil, de la cual el país tiene una urgente necesidad, si quiere desarrollar una auténtica cultura. Para Aranha, es el comerciante quien ofrece esta "forma ciudadana" de la clase media desarrollada tras la inmigración, mientras que lo "campesino" se ha personificado en el colono que transforma la selva, y que después de haber superado algunas dificultades en los comienzos alcanza un cierto bienestar burgués.

Lo que yo hasta aquí llamaba los síntomas literarios de un nuevo y propio americanismo, a saber: la lírica de un genial trotamundos y las novelas de políticos instruidos, catedráticos y publicistas, podrían dar la impresión de si sólo del lado de la alta intelectualidad, y quizá por ésto *snobista*, fuera a determinarse el nuevo espíritu americano. Lo más asombroso es que posee profundas raíces populares. Ejemplo de esto es el resurgimiento de una nueva épica popular americana en los tiempos del *Martín Fierro* (1872) y de un drama popular en la Argentina desde el año 80 del pasado siglo. Ambos son una auténtica y genuina nueva creación, tan auténtica y genuina como la de Europa, en el amanecer de cuya cultura surgieron las epopeyas del *Cid*, de Rolando o de los Nibelungos; y se desarrolló de los textos litúrgicos de los oficios pascuales o de los burlescos entreactos de los juglares, el drama serio o

cómico. A este drama criollo, como típicamente ibérico y realmente recreado, le ha ocurrido, pues, lo mismo que al modernismo lírico elaborado en América bajo formas definitivas: ha hecho su viaje por todo el continente y también ha dejado una considerable huella en la madre patria.

No cabe duda alguna, pues, de que nosotros nos encontramos en medio de una revalorización de los valores espirituales hispano-americanos, que sólo puede compararse con el europeo en tiempos del descubrimiento y la Reforma.

Tres líneas fundamentales me parece que determinan, ante todo, esta revalorización: la nueva actitud ante los indios, ante la mujer y ante Europa. Lo primero está a punto de poner en muchos pueblos de Hispanoamérica, bajo un nuevo denominador, una parte considerable de los conceptos raciales y sociales; lo segundo cambia la íntima estructura de las relaciones hacia la España anclada en viejas tradiciones y Portugal; lo tercero, el aprecio del siglo XIX o, mejor dicho, de la época del positivismo, del utilitarismo y la técnica.

La posición de Hispanoamérica para con los indios se puede contemplar muy bien en el espejo de la literatura. Para el romanticismo hispanoamericano entre 1840-50, solamente significó una cuestión de bastidores. El indio fué la bella decoración para un lirismo rico en color y en melodía, y es sintomático que en este tiempo y actitud nace la primera obra musical del Brasil: la ópera nacional *O Guarani*, del maestro Gómes. El realismo entre los años 60 a 90 hizo por descubrir la psicología del indio. La primera generación de escritores de la primera guerra mundial se ocupó por primera vez de mostrar cómo se la podría alistar en cuanto miembro productor (y no como simple objeto de explotación) en el moderno proceso de civilización del continente. Y esto no porque se viese en él un descendiente de la antigua gran cultura americana y, por consiguiente, se quisiera determinar sus derechos espirituales, económicos y sociales (ésta es, por ejemplo, la situación peruana), o porque se encontrase su estado proletario indigno de hombres (como ocurría en Méjico), sino, sin duda, y aun en mayor medida, por una cierta oposición espiritual contra Europa. El muro, incluso espiritual, no existe ya para una gran parte de Hispanoamérica; respondiendo al pensar europeo, entre blancos y mestizos, el muro existe entre este y el otro lado del Atlántico.

Por el contrario, la nueva actitud ante la mujer en la vida pública de Sudamérica no presenta ningún frente contra la moderna

Europa, sino más bien contra la antigua España y Portugal, por muy unida que en lo demás se sienta a ellas.

En mis años de juventud se conocían en la Argentina sólo dos profesiones posibles para la mujer que pudieran mirarse sin una cierta extrañeza: la de maestra y la de enfermera. Las primeras que abrieron la brecha fueron las universitarias; casi simultáneamente se unieron también las escritoras. Ya durante la primera guerra mundial surgió la constelación poética, que forman las dos uruguayas Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, y de la Argentina, Alfonsina Storni, que fueron eclipsadas, tal vez, por el prestigio de Gabriela Mistral, que adquirió renombre más allá de los límites de su patria, Chile, y fué la primera sudamericana que colaboró en la Organización de la Sociedad de Naciones, Entre tanto, la mujer, y precisamente las más destacadas espiritualmente, ha logrado tener significación en otros sectores de la vida pública que apenas hubiesen podido imaginarse hace veinte años, e incluso se han puesto a la cabeza de la evolución europea. La mujer sudamericana de hoy ha llegado a ser la propulsora del trabajo: ella quiere colocar su propia mano para rematar la obra del nuevo edificio.

Con este nuevo enfoque a la cuestión de una sistemática actividad, se une, por último, el cambio con respecto a las relaciones con Europa. El hispanoamericano tiene de día en día una mayor conciencia de que el trabajo no es contrario al natural y justificado orgullo de hombre, como creían los viejos conquistadores e hidalgos, sino que eleva su propio valor. Los conquistadores de la época colonial pudieran haber tenido sus razones, que no queremos contradecir, cuando opinaban que el trabajo podía denigrar en la vida pública; precisamente su tiempo fué el tiempo en que los indios o los prisioneros quedaban siempre a disposición para realizar aquellos ínfimos trabajos manuales que, a la larga, han quedado a cargo de las máquinas. Hoy, sin embargo, a medida que la civilización avanza, existe una creciente conciencia de responsabilidad y mayor exigencia en cada uno de los hombres con respecto a su propio y aceptado trabajo. Esta posibilidad de poder tomar el destino personal en las manos a través del trabajo, me parece que es un motivo psicológico de la creciente e incansable alegría de este trabajo mismo; del vertiginoso ritmo, comprobado, con un asombro sin límites, por muchos observadores europeos en las grandes ciudades de Sudamérica. Por medio de su trabajo se hace el criollo independiente del europeo, y esto es, en el fondo, el último y definitivo desaire a la época colonial.

Yo he podido destacar aquí sólo unos cuantos factores del múl-

tiple e interesante proceso de un fundamental movimiento cultural que se está llevando a cabo en la América Hispánica. Sus etapas se suceden una a la otra con la misma inquietante vertiginosidad con que los pueblos hispanoamericanos se han formado en el concierto político y económico de las potencias mundiales: aquella Argentina, que, en 1880, debía importar no sólo cereales, sino también profesores, maestros, sociólogos, estadísticos, ingenieros, técnicos y constructores extranjeros para asegurar sus fundamentos económicos y pedagógicos; aquel Brasil, que, con anterioridad a 1820, apenas tenía una imprenta, y hoy, junto con Argentina y Chile, dispone de las más fuertes editoriales y rotativas de todo el continente americano; aquel Chile, cuya literatura, hace cincuenta años, solamente conocían fuera de las fronteras los especialistas, y que en este espacio de tiempo ha conseguido en Gabriela Mistral un Premio Nobel; Méjico, por fin, cuyas modernas y personalísimas estilizaciones en cuadros y grabados—por sólo tocar el campo de las artes plásticas—se pueden contemplar, desde hace más o menos dos decenios, en todos los museos del continente, incluyendo los Estados Unidos.

Desde esta América ha sido planteada, no hace muchos años, una sugerente cuestión: la de si pudiera ocurrir de nuevo que la situación de la historia universal se encontrase como en los tiempos de las emigraciones de pueblos, cuando se hundió el mundo antiguo, y sobre sus ruinas, como herencia espiritual, se levantó el luminoso Imperio del Occidente cristiano. Sería aventurado querer hoy responder a esta cuestión. Pero que una parte muy esencial del fallo sobre el futuro destino del Occidente y del espíritu occidental yace en Hispanoamérica, es algo que, para muchos de sus observadores, está fuera de toda duda.

Rudolf Grossmann.  
Director del Instituto Iberoamericano  
de Hamburgo.

*(Traducción de E. Lledó.)*